Ilios Malliatis

LASALGAS

A Dimitria Liontou

Doctor Somó, el estrambólico personaje encarnado por Enrikos Tzargopoulos, nació el día en el que fue abandonado, en mitad de una cita, por una vendedora de una tienda de alimentos veganos a la que habia conocido en Badoo. La había invitado a ver un espectáculo creado por un vecino de su edificio, una obra de teatro con títeres pero para adultos, no en el sentido erótico, sino mas bien, de las dificultades de la vida después de los treinta, cuando ya se han sufrido todas las decepciones y ya no se creen en promesas de ninguna clase.

La obra se llamaba "No se aceptan devoluciones" y comenzaba con una canción, con música basada en aquella que en esos días sonaba de manera insistente en la radio; de esas que todo el mundo odia pero a la vez su misma popularidad obliga a repetir. La letra, de forma paródica, ponía del revés los acontecimientos narrados por el cantante, quitándole toda la carga emocional y reemplazándola por una actitud de absurda resignación. En vez de luchar contra la adversidad, le hace ceder ante la pereza.

A la muchacha, llamada Smeralda y de cabello fino y rubio y contextura delgada, flácida, no le causaba ninguna gracia la canción interpretada por un muñeco de trapo con traje de agente de tránsito, ni la risa estertórea y porcina de Enrikos. Lo encontró excéntrico y original al principio, pero el hecho de que se divirtiera con algo tan burdo y patético le hacía pensar que el fallido estudiante de arquitectura devenido en "artista de tuning" era un freak sin cultura ni buen gusto.

En el momento en que el personaje principal de la obra, un empleado de oficina pública que sueña con un ascenso y ve la oportunidad en la intoxicación masiva, accidental, de sus superiores tras una despedida de solteros, intenta seducir descaradamente a la inspectora del Ministerio del Interior, Smeralda se levantó del asiento y se encaminó a la puerta, sin dar ninguna excusa. Enrikos no la siguió, y ella le esperó por un minuto en la entrada de la diminuta sala de teatro alternativo, del colectivo Ar-teflon. Él solo se dio cuenta cuando, en un acceso de risa, estiró la mano para que ella le pasara el vaso de bebida gaseosa, pero no le respondió nadie. Le vio atravesar la cortina hecha

con cuentas de vidrio, pero un nuevo excitante acontecimiento ocurrido en el escenario le hizo desistir de su intento de alcanzarla.

Unos minutos después un anciano de unos sesenta años, con un sueter a rayas blancas y grises bajo una chaqueta verde apareció a su lado y le ofreció un cigarrillo.

- Se puede fumar aquí? - dijo Enrikos, sorprendido.
- Yo puedo, porque soy el dueño. Y si le invito a usted, bien puede tambien. Quien nos lo va a prohibir? Ella? - respondió señalando a la funcionaria gubernamental, a la que prestaba movimiento y voz la sobrina del que así le hablaba a Enrikos. En la semioscuridad brilló un anillo en la mano del magnate.
- Qué bonito
- Es una imitación de uno de esos de jugadores de futbol americano. Del "Super Bowl", que le llaman. Me lo hizo un amigo joyero. Me dijo "Puedes tener lo que quieras en la vida... con voluntad, inteligencia y sobre todo, con dinero".
- Me parece un buen consejo – dijo Enrikos divirtiéndose tanto con la ocurrencia de este sujeto que olvidó la obra que se estaba representando frente a él. Sus ojos estudiaban al abuelo de rostro anguloso, con bigote estrecho y largo y ojos de color castaño claro, enmarcados en cejas encanecidas y curvilineas. - Y este es su negocio?
- Ah, es un lugar de recreación. Venimos a pasarlo bien. Algunos de los que están tras el biombo ese son miembros de mi familia, otros, amigos suyos, hijos de amigos míos. A usted nunca lo había visto.
- Me invitó Dimitris – dijo Enrikos como si tuviera efectivamente que excusarse por estar allí.
- Buen muchacho. Algo demasiado... serio. El que ríe al último ríe mejor, dicen. Pero él se lo toma demasiado literal. Y usted cómo se llama?
- Enrikos... - respondió este con aire algo distraído, pues la obra acababa de terminar y se estaban presentando los ventrílocuos. "Esa debe ser la sobrina", dijo mirando a la muchacha de cabellos tiesos, cortos y de tono rubio platinado. Estaba bastante bien proporcionada, pero las zapatillas amarillas desentonaban con el resto de su atuendo, de riguroso color negro.
- Yo soy Dinos Saurios. - Esperó un minuto para ver si Enrikos captaba la broma, mas este por respeto a la ancianidad no se había reído. - Bueno, sí soy Dinos, pero Tlachopodis.
- Ah, ah!! - respondió aliviado Enrikos. - Ya veo... disculpe, no me atrevía a decir nada, ya sabe... por no meter la pata.
- No pasa nada, amigo. Dígame, tiene tiempo para un café?
- Todo el tiempo del mundo! Ya ve, mi cita terminó antes de empezar.

- Ah, las mujeres... bueno, aquella es mi sobrina, pero le advierto, que parece que está en un lío con el del piano. Yo no intentaría nada... por ahora.
- No estaba pensando en ello en absoluto.
- Buen muchacho – dijo el anciano con una mirada de sagaz comprensión. - Antonis! Echale unos carbones a la lumbre. Vamos a tomar un café con mi nuevo amigo, en la oficina.

  Antonis, un sujeto de hombros anchos y cabeza afeitada, que usaba pantalones de "corderoy" azules y una camisa blanca, impecable, saludó con un gesto como de repentina inspiración y apuntando el dedo índice hacia arriba, se escabulló por una puerta que daba a un pasillo.
- Entiendo que le gusta la comedia, pero no tiene pinta de profesional – dijo entonces el señor Dinos inspeccionando las ropas de su interlocutor.
- Porqué me lo pregunta? Quiere que trabaje para usted?
- Lo siento si me apresuro – respondió el anciano acercándose más y rodeando el hombro de Enrikos con su brazo – pero es porque veo algo en usted, algo particular... sí, amigo, usted puede ser una estrella!
- A-actor, puede ser – tartamudeó el joven – pero de ahí a estrella, como usted dice, no sé...
- Dice el dicho que no se hace una estrella, sino que se nace – insistió Dinos mirándolo de una manera expresiva, con una suerte de deseo, sutil, pero potente – y solo hace falta que el elegido sepa que lo es.
- Pero, hombre, si usted no me conoce de nada! Y no puede arriesgarse a decirle eso al primero que se encuentra.

  El señor Dinos se quedó en silencio, mirandose los zapatos. Y Enrikos tuvo una sensación extraña como la de alguien que ve una oportunidad a punto de perderse y se arrepiente, esperando que aún sea tiempo para ello.
- Una pregunta – dijo entonces el anciano en voz baja. - Cómo surge un chiste?
- Disculpe?

  El anciano emitió un leve bufido, con afectada molestia.
- Cuál es el origen de una broma? - y como el confundido Enrikos no respondiera enseguida, clavó sus ojos en él. - Qué piensa usted?

  Antonis reapareció para anunciar, con voz profunda, cavernosa, que el café estaba listo. Dinos se puso de pie sin esperar la respuesta a la pregunta que había formulado.

  "Qué voy a hacer ahora? No me queda más que seguirlo, aunque sea por no despreciar el convite", pensó Enrikos. Atravesaron la cortina,de una tela que raspaba al contacto como papel de lija, y se adhería ligeramente a la ropa. El pasillo era de puro concreto y una

enorme tubería de color amarillo seguía la extensión del corredor. Un par de desvencijadas puertas a un lado y otro, en las que con letras pintadas con cal se anunciaba la correspondiente división de baños entre hombres y mujeres, sorprendió a Enrikos antes de que llegaran frente a otra, cubierta por un barniz rojizo, ante la que se detuvo don Dinos.

– He aquí mi oficina – anunció antes de dar vuelta el cerrojo y hacer girar la manija.

Dentro encontró el visitante un escritorio de caoba, limpio y ordenado, con una lámpara de color verde que cobijaba un pequeño tubo rectangular, un citófono y algunos papeles. Al otro lado de la habitación, una silla de madera pintada de color dorado y con mullido asiento y respaldo tapizados en rojo, y un sillón de dos cuerpos, de color crema, con arabescos bordados en el forro, del mismo color que éste, lo que los hacía casi invisibles.

– Me gusta el café bien hervido, pero si a usted no le parece, puede esperar a que se enfríe. Y estará de acuerdo conmigo en que la cocción al carbón es distinta del gas. - dijo mientras se servía en un pocillo de cristal protegido por una lámina de aluminio, de la que sobresalía una pequeña asa.

– Supongo que sí, si usted lo dice – respondió Enrikos, acomodándose en la silla frente al escritorio. - Y por cierto, sobre la pregunta que me hizo...

– Cuál? Ah, si! Ya la había olvidado.

– Ah! Bueno, creo, si no me equivoco, que solemos reírnos, la mayoría de las veces, de lo que está mal. No sé, por ejemplo... voy a usar el teléfono público, cierto? Pongo una moneda, o una ficha, y tengo una cantidad determinada de tiempo. Al principio, solo saludo... pregunto generalidades, “Cómo está el gato?”, ese tipo de bobadas... disculpe si me extiendo mucho...

– No, para nada. Continúa – dijo el anciano mientras sorbía la humeante infusión.

– Entonces, a medida que avanza la conversación, va entrando en el asunto... el asunto principal. Hablando de lo que quiere hablar. Se pone mas serio.

– Exacto...

– Y llega un punto en el que, “oh!”, surge una nueva idea, un nuevo tópico, algo imprevisto, y que puede sentirse como una urgencia, en el sentido de “si no lo digo ahora, me voy a volver a olvidar”.

– Si... si!!! - respondía el empresario teatral, visiblemente excitado aunque no sabía por qué.

– Pero ya no hay tiempo... empieza uno a buscar una moneda, algo, y no hay nada, y mientras tanto, intenta seguir el hilo de la conversación, aunque este pensamiento le distrae...

– Aha!!

– Y llega el momento fatal. El pitido, o la voz que dice “su tiempo está por terminar”.

– Y entonces??

Cruzando los dedos con las palmas apoyadas sobre la mesa, como un político en un progama de debates, Enrikos observa a su interlocutor con expresión sagaz y explica:

– Quedan entonces dos opciones. O bien se continúa, insistiendo en este último punto, hasta que se termina el tiempo, o se procede a efectuar una rápida despedida, para no quedar mal.

Dicho esto, con cierto aire de triunfo, Enrikos Tzargopoulos bebió entonces de la taza de café, que ya estaba aceptablemente tibia.

Don Dinos abrió un cajón y extrajo una pequeña chequera antigua, cuyos papeles estaban ya amarillentos por el tiempo e incluso las letras de la cobertura estaban desgastadas. Donde estaba el laminado de oro ahora solo había trazos de este y en el resto un surco del mismo color azul violáceo.

Sacó además otra reliquia, una pluma fuente, de una marca alemana, y escribió en el espacio destinado al nombre "Al portador" y en donde debía especificar el monto, solo "10".

Se lo entregó a Enrikos como si se tratase de una gran suma, y con la cara de alivio de quien ha saldado una deuda importante, muy pesada.

Entendiendo de lo que se trataba, el acreedor dijo, aparentando la misma seriedad:

– El problema es que no conozco esta dirección. No sabría dónde ir a cobrar esto.

– Pues le deseo buena suerte con ello – replicó el anciano. - Ahora bien, este puede ser el primero de muchos, si es que decide aceptar unirse a nosotros. Tenemos una buena "troupe", hay que admitirlo, pero lo que falta es un número excepcional. Alguien que atraiga por sí mismo y cuyo nombre baste para llenar toda una marquesina. Ese puede ser usted.

A esa altura Enrikos ya no sabía qué pensar. Se había dejado llevar por mera curiosidad. Ahora comprendía que un nuevo mundo se estaba abriendo frente a él, y por escasas y limitadas que fueran las posibilidades, nada de lo que ocurriera de ahora en adelante podría pensarse como una pérdida de tiempo. Aprendería un oficio nuevo, junto a un mentor. Daría un nuevo impulso a su personalidad. Incluso podría ocurrir que a alguien más le agradase su arte, y que le pagaran por ello. Con dinero de verdad, no con un papel viejo y en unidades que ya no existían. Qué había que perder? Qué mas pensaba hacer con su vida?

– Déjeme que lo piense – dijo al anciano, y este asintió.

– Mientras me quede vida, le esperaré. Pero ojalá sea pronto. Por ejemplo, el martes, a las 19. Antes de comenzar nuestra próxima función. A lo mejor usted toma parte en ella.

– Pero, así nomás, de golpe? Y la rutina? Y la vestimenta?

Dinos se puso de pie y le dio un golpe en el hombro con la mano que llevaba el anillo.

– Los encontrará. No se preocupe. Solo tiene que sentirlo, y eso será lo correcto.

Y volvió a sentarse para servirse otra taza de café.